

Domingo III de Pascua

Que bella la escena que hoy contemplamos en el evangelio. Nosotros no la hemos de ver solamente como una escena del pasado, una cosa les pasó a los dos discípulos de Emaús. Nosotros somos esos discípulos y lo que ellos vivieron es lo que nosotros estamos viviendo en nuestra vida cristiana.

Los dos discípulos de Jesús marchan de Jerusalén tristes, desesperanzados, tenían unas expectativas, esperaban unas cosas y nada se ha cumplido. Dicen: “Nosotros esperábamos ...” y nada ha salido como ellos esperaban. También eso nos ocurre a nosotros: teníamos unas esperanzas, unos deseos buenos y nada ha salido como queríamos. Y nos quedamos tristes y desesperanzados como ellos ...

Los discípulos van de vuelta a su pueblo y Cristo se les acerca como un peregrino desconocido y se pone a caminar con ellos. También eso nos ocurre a nosotros: Cristo hace camino con nosotros. Nos decía el Papa JPII en el encuentro con los jóvenes del año 2.000. “Queridos jóvenes, no permitáis que el tiempo que el Señor os concede transcurra como si todo fuese casualidad.

Él guía la historia de cada persona y la de la humanidad. Ciertamente, Cristo respeta nuestra libertad, pero en todas las circunstancias gozosas o amargas de la vida, no cesa de pedirnos que creamos en Él, en su Palabra, en la realidad de la Iglesia, en la vida eterna.”

“Así pues, no penséis nunca que sois desconocidos a sus ojos, como simples números de una masa anónima. Cada uno de vosotros es precioso para Cristo, Él os conoce personalmente y os ama tiernamente, incluso cuando uno no se da cuenta de ello. ¡Meditarlo!. Él camina con vosotros.”

Cristo camina con los discípulos de Emaús y les ilumina lo ocurrido a partir de la Sagrada Escritura. También esto nos ocurre a nosotros: Cristo al caminar con nosotros nos ilumina nuestra vida a partir de la Sagrada Escritura. Sigue diciendo el Papa: “Esta tarde os entregaré el Evangelio. Es el regalo que el Papa os deja en esta vigilia inolvidable. La palabra que contiene es la palabra de Jesús. Si la escucháis en silencio, en oración, dejándoos ayudar por el sabio consejo de vuestros sacerdotes y educadores con el fin de comprenderla para vuestra vida, entonces encontraréis a Cristo y lo seguiréis, entregando día a día la vida por Él. No tengáis miedo de entregaros a Él. Él os guiará, os dará fuerza para seguirlo todos los días y en cada situación”

Cristo se hace caminante con nosotros y en ese caminar nos ilumina con su palabra, nos transforma con su palabra. Los discípulos así lo experimentan: “¿no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las escrituras?”. También eso nos ocurre a nosotros: si nos acercamos a su Palabra él dará calor a nuestros corazones y sentiremos como arden, como se encienden.

Y finalmente Jesús Resucitado se les hace presente al partir el pan. Y ¡oh! maravilla de las maravillas ... también Jesús Resucitado se nos hace presente en el pan partido de la eucaristía.

Dice JPII: “Esta es la maravillosa verdad, queridos amigos: la Palabra que se hizo carne hace 2000 años, está hoy en la eucaristía. La eucaristía es el sacramento de la presencia de Cristo que se nos da porque nos ama. Él nos ama a cada uno de nosotros de un modo personal y único.

Queridos jóvenes, al volver a vuestra tierra poned la Eucaristía en el centro de vuestra vida personal y comunitaria: amadla, adoradla y celebradla, sobre todo el domingo, día del Señor. Vivid la Eucaristía dando testimonio del amor de Dios a los hombres.

Os confío, queridos amigos, este don de Dios, el más grande dado a nosotros, peregrinos por los caminos del tiempo, pero que llevamos en el corazón la sed de eternidad.

Sed vosotros mismos testigos fervorosos de la presencia de Cristo en nuestros altares. Que la Eucaristía modele vuestra vida, la vida de las familias que formaréis; que oriente todas vuestras opciones de vida.

Que la Eucaristía, presencia viva y real del amor trinitario de Dios, os inspire ideales de solidaridad y os haga vivir en comunión con vuestros hermanos dispersos por todos los rincones del planeta.”

Finalizo ya, destacando el cambio que se opera en los discípulos. De la tristeza y el desanimo pasan a la esperanza, sus corazones se encienden y vuelven a Jerusalén. Todo ello gracias al encuentro con Cristo Resucitado.

Ese es el cambio que Jesús quiere operar en nosotros. Si le dejamos que camine con nosotros, si le dejamos que nos hable a través de su Palabra, si dejamos que nos alimente con su cuerpo, también arderán nuestros corazones.

Permitamos a Jesús que se acerque a cada uno de nosotros, que se haga también compañero nuestro de viaje, él sabrá escucharnos y consolarnos. El sabrá ser nuestro guía para conducirnos por los senderos de la vida hacia la casa del Padre.